

ne con imposiciones incontrastables; pero una conciencia tan clara del bien y del mal como la que allegan los israelitas, una idea de Dios tan purificada como la suya, unas leyes como sus leyes morales han querido contrastar esta grande tendencia sin hacerlo tan de frente como acaso debieran por natural consideración á las costumbres tradicionales de aquel pueblo. Así, desde los primeros á los últimos versículos del santo libro, descúbrese un combate porfiado y una oposición abierta entre los principios monogámicos y los principios polígamos. La ley quiere imponer precisa y necesariamente la monogamia, pero la costumbre supera con sus fuerzas propias á las leyes, mostrando cómo no basta una disposición del Estado para transformar ó para regir una sociedad adherida por completo de suyo á creencias y á costumbres verdaderamente incontrastables.

Uno de los pasajes más oscuros de la Biblia respecto al punto que historiamos, respecto á las relaciones de los dos sexos, es aquel en cuyos párrafos habla el revelador de un ayuntamiento entre los hijos de Dios y las hijas de los hombres. ¿Qué hijos de Dios pueden ser estos? El principio monoteísta de la Biblia y del Corán rechaza esas generaciones de proles divinas, relatadas por los vedas indios y por las epopeyas helénicas tan semejantes á las generaciones humanas. El Dios creador nos ha creado á todos con una palabra de sus labios, con un soplo de su boca, y bajo este aspecto no hay duda, no, de que somos sus hijos las criaturas todas, así las animadas como las inanimadas. Pero generar Dios

como generan los hombres, tener hijos á la manera de nosotros los humanos, apenas puede admitirse, á causa de la diferencia manifiesta entre los dioses cuasi hombres del politeísmo y nuestro Dios espiritual de la Biblia. Así las interpretaciones contradictorias han menudeado mucho y los intérpretes más conspicuos de la Biblia no han podido ponerse de acuerdo. Y el caso merecía una gran claridad, porque de tal unión entre los hijos de Dios y las hijas de los hombres provienen principalmente aquellas terribles generaciones, provocadoras y justificativas del diluvio. Yo recuerdo ahora que mi sabio profesor de lengua hebrea, D. Antonio García Blanco, se indignaba de un modo terrible contra los que traducían hijos de Elohim por hijos de Dios, é hijas de Adán por hijas del hombre. Para él, aquéllos, los primeros, por una traslación de sentido frecuentísima en los pueblos orientales, resultaban verdaderos montañeses, mientras éstas verdaderas agricultoras. Como en todos los pueblos orientales existe la propensión invencible á separar las castas, el viejo libro sacro maldice con maldición clamorosa estas confusiones de clases, consagrado como se halla por tradición á separar el pueblo predilecto de sus vecinos idólatras. En este mismo sentido exprésanse los doctores del judaísmo en la Edad Media, sin concretarlo por modo tan claro y extremo, cual mi profesor de lengua hebrea. En sentir de los comentadores judíos, los hijos de Dios no eran otros que los hijos de los grandes, mientras las hijas del hombre no eran otras que las hijas de los pequeños y de los humildes. Por consecuen-

cia, lo que maldice la Biblia en realidad es lo que causa la corrupción universal, el ayuntamiento entre clases que las viejas tradiciones apartaban.

Unos cuantos comentadores cristianos de nuestros días adhirieron su pensamiento á esta interpretación, pero la mayor parte la rechazó. Algunos creyeron ver en los hijos de Dios unos hombres de inteligencia extraordinaria, imágenes altísimas del Creador, mientras otros creyeron ver los ángeles del cielo en persona. Las escuelas alejandrinas, muy dadas á llenar el espacio mediante desde Dios al hombre con verbos, demiurgos, arquetipos, entelequias, idearon á todo esto una explicación muy poética. En el pensamiento suyo nuestro planeta lleva sobre su cima un coro de ángeles que lo guarda en el espacio inmenso. Estos seres sobrenaturales baten sus etéreas alas contemplando la tierra con éxtasis; y como encargados por Dios de pulirla y hermosearla, tiñen de azul sus cielos, matizan las corolas de sus flores y prestan sus cánticos, así á los arroyos como á las aves, porque repiten las celestiales armonías sin fin; é inclinados á una sobre los abismos del espacio, donde nuestro globo se contiene y encierra, hirióles el corazón la hermosura de nuestras mujeres; pero en tal modo que, precipitándose desde lo alto, cayeron en sus brazos. Luego vinieron de tal amor generaciones cuyos vicios y cuyos errores provocaron luégo la cólera de Dios y atrajeron sobre los campos del planeta las aguas del diluvio. Esta interpretación resulta en consonancia perfecta con las ideas alejandrinas, pero en disonancia con los principios bíblicos.

Había inconveniente gravísimo en las doctrinas cristianas también al reconocimiento de la interpretación alejandrina. En varios pasajes del Evangelio Cristo habla de los ángeles, y les niega todo sexo. Así desde la cuarta centuria cayó en descrédito completo la interpretación que traducía con el nombre ángel aquella frase «hijos de Dios.» Andando los tiempos vinieron los comentaristas á un acuerdo común, que dominó en la Iglesia oriental por medio de San Cirilo y en la Iglesia occidental por medio de San Agustín. Hijos de Dios equivalía en este comentario á hijos de la raza elegida, mientras hijos del hombre, á su vez, equivalía en este comentario á hijos de la raza maldita. La raza que Dios bendijo fué la raza de Abel, mientras la raza que Dios maldijera con maldición inapelable fué la raza de Caín. Y estas dos razas, enemigas de suyo, entre las cuales mediaba el abismo de un fratricidio, juntáronse, y de tal ayuntamiento provinieron generaciones inaceptables á Dios, quien separara en su sabiduría y en su providencia lo bueno de lo malo, y no podía tolerar su ayuntamiento. Esta oposición entre los malditos y los benditos llena toda la Biblia. Imagen antidiluviana del apartamiento que Dios quiso establecer en el pueblo judío para que no lo tentaran los pueblos idólatras y no cayera en el paganismo, debía escribirse con siniestras llamaradas de terror y amenaza en los primeros capítulos de la Biblia. No hay razón que cohoneste mejor las varias explicaciones dadas al texto bíblico y que mejor lo depuren.

La erudición moderna, sin embargo, comenta

con grandes amplificaciones á lo antes dicho el texto bíblico, y busca su razón cabal. Como en esta especie de leyenda se descubre gran parte de los caracteres míticos ó simbólicos que tiene la tradición universal, no se pasan de ningún modo en lo anteriormente dicho las explicaciones de los sabios. Hay quien cree que los hijos de Dios recordados por la Biblia son realmente genios superiores, sobrenaturales, mas convertidos en diablos por su voluptuosidad, cual aquellos antiguos ángeles de la immaculada luz trocáronse á una en verdaderos ángeles de las tinieblas por su ambición. Y no han parado aquí los comentarios. Hay quien cree que los hijos de Dios son los blancos, y que las hijas del hombre son las negras, habiéndose juntado éstas con aquéllos para producir una raza mestiza, contra la cual estalló la divina ira desatando las aguas del diluvio. Y aun hay quien cree que los hijos de Dios pertenecen á una raza preadamita ó anterior al primer hombre, y que sus esposas pertenecen á una raza postadamita. Lo cierto es que del ayuntamiento entre aquellos varones y estas hembras resultó la raza de aquellos que la Biblia llama seres de renombre. Y estos seres de renombre, por tan opuestas razas engendrados, aparecen como los antiguos héroes ungidos por la tradición universal pagana. Y así como en el paganismo los héroes cual Hércules, cual Teseo, aparecen semidioses por hijos á un tiempo de la divinidad y de la humanidad, ó sea de las diosas y los hombres, en la Biblia tienen este mismo carácter. Y los héroes como Nemrod resultan engendros del amor

entre los hijos de Dios y las hijas de los hombres. En efecto, la ira divina debió colmarse al ver aquella perversidad, porque los ángeles no hubieran podido bajar hasta los brazos de las mujeres aquí en la tierra, sino cayendo en una degeneración terrible y tomando la humana forma. Lo cierto es que aquí brotan de nuevo las misteriosas analogías entre la tradición bíblica y la tradición pagana. En una y otra, no sólo existen los héroes hijos de dioses y de mujeres, ó de diosas y hombres, sino que también existen los gigantes. Recorred las tradiciones órficas, paraos ante las obras genesíacas de Ovidio y Hesiodo, meditaad sobre los orígenes dados al mundo por la tradición universal pagana, y veréis cómo aparecen los gigantes. Titán el Prometeo, que arranca su fuego á los cielos; Titán el Polifemo, que persigue á las nereidas y á las ninfas en los mares de Sicilia; Titán el primero en forjar el hierro y repartir armas y armamentos para la guerra; Titán el que resuella en las entrañas del Etna y vomita por sus cráteres encendidas materias; Titán el que pone Pelión sobre Osa por sus ejércitos acompañado, y pretende, con audacia increíble, destronar á Júpiter de su altísimo trono; Titanes todos cuantos llenan aquellos primeros tiempos del planeta en que los aires truenan y relampaguean á una con tormentas horribles, y la tierra se sacude y estremece al empuje de los terremotos, y las lluvias del cielo parecen como eléctricos Océanos hirvientes cayendo sobre los hondos valles, abiertos por doquier y agrietados con profundísimas hendiduras.

El Titán pagano se parece de todo en todo al gigante bíblico.

Y, en efecto, no hay sino leer en los números las relaciones trazadas por los escritores sacros de la exploración audaz, intentada en los desiertos cananeos. Por doquier encontrábase hombres de una talla desmesuradísima, en comparación de los cuales parecían como diminutas langostas los hijos de Israel. Estas razas de los héroes y de los gigantes provienen del amor de los hijos de Dios con las hijas de los hombres. Su existencia se reconoce por todas partes en la universal tradición. No hay pueblo alguno sin esta creencia firmísima en la talla titánica y en las fuerzas hercúleas de los primeros pobladores del planeta. Gigante no quiere decir alto. En su primera acepción significa hijo de la tierra, es decir, recién nacido, como los árboles, de aquella humedad fecunda en que se bañaba por los primeros días de la creación todo nuestro planeta. Licia con Arcadia, los territorios considerados como cunas varias de los primitivos mortales, llamábanse gigancia en los antiguos idiomas. No había dique alto en las orillas del mar, no había estrecho abierto en los continentes, no había isla ó montaña en los archipiélagos que no se atribuyese al esfuerzo de un gigante. Toda la poesía clásica está fundada en tal tradición. La ignorancia del desarrollo de nuestro planeta, conocido tan á fondo por los descubrimientos modernos, confirmaba esta universal superstición. Los primeros hombres tenían estaturas desmesuradas y fuerzas increíbles en todos los antiguos dogmas teogónicos que formaban como

una especie de común contradicción entre los pueblos.

Y lo mismo que sucedía en Grecia sucedía en Caldea también. Un dogma de tal género antecedió y subsiguió á la Biblia y á Israel. Armenia veía en los bordes misteriosos de sus lagos, en las cumbres altísimas de sus montañas estos seres, cuyas cabezas tocaban en los cielos y cuyos piés á una se hundían en las entrañas del planeta como las raíces de los grandes árboles. Los árabes mismos, tan desprovistos de fantasía cuando se les compara con los griegos y se pone su escueto Corán frente á las epopeyas helénicas, atribuyen la primitiva población del territorio árabe á una raza de gigantes. Todas las tradiciones próximas al diluvio están contestes en afirmar que los hombres van decreciendo á medida que van llegando á las edades históricas. El talmudismo creyó un coloso al Adán bíblico, y de esta creencia talmúdica participaron muchos padres de la Iglesia. El encuentro de huesos enormes pertenecientes á los mamíferos gigantes de las edades primitivas, confirmaba esta universal creencia, pues en su candor atribuían los primeros hombres tales restos á razas y familias colosales. Nos detenemos aquí para mostrar cómo existen creencias comunes en todas las religiones históricas y cómo la generación tiene también su epopeya religiosa y su teogonía común.

La ciencia moderna, en verdad, no ha confirmado esta tradición. Las especies humanas invenidas en los terrenos cuaternarios, y aun aquellas que se creen por hipótesis no bien confirmadas todavía,

hijos de los terrenos terciarios, no tuvieron esas colosales tallas inventadas por la fantasía mucho antes de que madurara la razón humana. Necesitábase para vivir en las edades primitivas, en verdad, mucha violencia, y esta violencia se unió en el pensamiento de los antiguos reveladores á un concepto desmesurado de la estatura humana. Pero si la tradición pagana cree que los gigantes lucharon á porfía con Júpiter, quien hubo de soterrarlos, y la tradición bíblica cree que los gigantes provocaron á una el castigo de universal diluvio, esto sólo quiere significar el estado de violencia en que la memoria humana pone á los primeros hombres, forzosamente constreñidos por la furia de tantas tempestades y tormentas como se desencadenaban en las aguas y en los aires, por la voracidad increíble de los brutos carniceros, por los estremecimientos epilépticos de las montañas, por la convulsión del suelo volcanizado, forzosamente constreñidos á una guerra sin tregua, en comparación de la cual parecen como dulces idilios nuestras guerras de ahora.

La tradición del diluvio se mezcla en todas partes con la tradición del gigante. La cólera celeste cae sobre nuestro mundo atraída por los pecados innumerables de tal gente. Lo mismo que dice la tradición israelita dice la tradición caldea, y lo mismo que dice la tradición caldea dice la tradición armenia. Desde las orillas del Caspio hasta las desembocaduras del Tigris y del Éufrates, la imaginación de los pueblos veía estos colosales seres trayendo primero el diluvio y alzándose á una en

cuanto las aguas acababan de retirarse y el suelo estaba todavía convulso para seguir combatiendo como carniceras especies. Beroso lo dice con su nativa sencillez propia. Estos colosos, sintiéndose tan fuertes por sus nervudos miembros y levantándose tan altos por sus desmesuradas estaturas, pelean sin descanso entre sí después de menospreciar con arrogancia increíble á todas las divinidades, y continúa su batalla perdurable tras el diluvio universal. A su orgullo se atribuye por el común sentir la torre de Babel. Los pueblos arios del Oriente, como hemos visto en los pueblos arios del Occidente, comparten la creencia universal. En los gigantes personifican fuerzas naturales más intensas al comienzo de la tierra que ahora. Así el Titán helénico se relaciona con una catástrofe de la corteza terrestre, desgarrada por una sacudida terrible proveniente del fuégo central. Flamearon las heladas cimas del Taigeto, hirvieron las celestes aguas del Egeo, salieron muchos terrenos hondos como encrespadas olas y se desgajaron muchos montes altos como árboles heridos por el huracán. A los ojos de la ciencia moderna todas estas catástrofes provienen de un sacudimiento geológico, mientras á los ojos de la tradición poética provienen de un esfuerzo hecho por los gigantes ó por los Titanes para escalar el cielo y arrancar á las nubes esas centellas que culebrean y truenan en las tormentas. Sí; la oposición entre las fuerzas ciegas del universo; los combates entre las nuevas generaciones y las viejas teogonías; la guerra del pastor nómada, conocido bajo el nombre de Abel, con el agricultor

conocido bajo el nombre de Caín; esa torre de Babel, puesta como una trinchera de asedio al cielo y repetida en todas las tradiciones teogónicas, provienen del ayuntamiento entre las misteriosas hijas del cielo y las hermosas hijas del mundo. Pero en Grecia, en los pueblos arios generalmente, ofrécese al Titán los cultos y los sacrificios que á un dios, mientras en la Biblia, en los pueblos semíticos, sólo encuentran en Dios la reprobación y castigo. El Prometeo, encadenado sobre las cimas del Cáucaso por haberse atrevido á Júpiter, aun merece que las ninfas oceánicas le consuelen y que los poetas cíclicos le canten, mientras el gigantesco hijo de los seres celestes y de las hembras mortales sólo merecen al Creador tremendos é irreparables anatemas. ¡Cuántas supersticiones ha visto el hombre, fascinado por su imaginación, allá en la cuna misteriosa del mundo y en los comienzos míticos de las humanas generaciones que debían poblar y pulir la tierra!

Después de haber contemplado la mujer y la familia, principalmente las relaciones entre los dos sexos en los tiempos antediluvianos ó próximos al diluvio, tócanos ahora examinar los tiempos patriarcales. Así como el diluvio se relaciona con el ayuntamiento entre los seres divinos y las hembras humanas, como la retirada del diluvio se relaciona con el patriarca Noé, la institución patriarcal definitiva, la que ya establece para siempre aquella familia y aquel régimen revestido de sus caracteres eternos, relaciónase con Abraham. La figura de tal viejo ha quedado como impresa en nuestras retinas. Pare-

ce que le vemos todavía con su túnica roja, su blanco alquicel que le cae por la espalda y que una cinta ciñe á su cabeza, las toscas sandalias en los piés, el báculo en la mano á la entrada de su tienda nómada, bajo las ramas de su terebinto resonante con el cántico de las cigarras, muy cerca de la cisterna, junto á la cual dos pareadas palmeras alzan las columnas de sus troncos y los cogollos de sus coronas. Con él, á su lado, vense también sus mujeres, no la pobre Agar lanzada con su hijo Ismael al desierto para tranquilidad y reposo de su familia; pero sí la vieja Sara que amasa el pan de cada día, y Rebeca que trae sobre su cabeza esférica y armoniosa la cántara de agua. Túnicas de numerosos pliegues al cuerpo ceñidas por correas toscas las visten; una especie de casulla, que pueda subirse hasta al rostro y ocultarlo, cae sobre la túnica; un manto en forma de velo tupido las envuelve desde los piés á la cabeza; esposas de metal precioso abrazan tanto los puños como los tobillos, y zarcillos relucientes penden de sus orejas y añaden su metálico resplandor á la negra brillantez de aquellos profundos ojos semitas. El patriarca levanta su tienda en el desierto para ejercer ante todo y sobre todo una grande virtud propia, la virtud inmarcesible de su hospitalidad. El viajero lo encontrará fácilmente porque aquel calor de los desiertos le constriñe á respirar el aire libre á la entrada de su tienda y bajo el ramaje de su terebinto. Por consecuencia, bien pronto dará con él quien busca su afecto en forma de hospitalidad. Según el viajero pertenezca de suyo á tal ó cual clase, tomarán tal ó cual aspecto las ce-

remonias á su recibimiento consagradas. El viajero vulgar obtendrá una reyerencia en su entrada bajo amigo techo; mas el distinguido un asiento principal y un golpe cariñoso en la espalda. Frescas aguas, recién sacadas de la cisterna, reanimarán sus labios y lavarán sus piés. El pan recién amasado por la esposa principal y cocido en el horno á su vista calmará su hambre, pues podrá empaparlo en pedazos de novillo asado sobre leña y ramajes bien olientes. Y á todos estos obsequios uníanse múltiples y santas bendiciones que alegraran los ánimos del hospedado y del huésped.

Abraham viene de Caldea y se dirige á la tierra de Canaán. Los de allende el río, hebreos, llamáronse sus gentes. Separado de su familia caldea, quizás por causas de invasiones y guerras, conducido al reclamo de una voz divina, eco de su interior pensamiento, con vocaciones de nómada y errante como cumple á quien debe recorrer tantas tierras, pastor de camellos, cuanto no contribuya de suyo al objeto de su vida y á la realización de su idea, le parece despreciable, como suele suceder con todos los nacidos para cumplir y realizar fines grandiosos en el mundo. Así recorre la Mesopotamia, muy poblada entonces, la Siria resonante como colmena del trabajo y del comercio, Egipto puesto en sus bases graníticas. Al llegar aquí, un Faraón se prenda con enardecimiento de su mujer Sara, y Abraham, sin escrúpulo ni aprensión, la entrega de grado al codicioso para paz y tranquilidad, así de su vida como de su espíritu. En Abraham está la piedra inconvertible y angular del régimen hebraico. De la luz

mágica, extendida por las tierras caldeas extraerá la idea del Dios único. Y como de tal idea las generaciones futuras habrán menester, guardaranla con celo estos hijos de Abraham en el desierto. Al llegar el patriarca en su peregrinación á Canaán, atormentáronle los cananeos y tuvo que dirigirse al Egipto. Ya en esta tierra dió con muchedumbres de asiáticos, así cantores como adivinos, que divertían y regocijaban á la gente del África, y estas gentes prendábanse mucho de las mujeres que atraían á sus poblados harenes, por lo cual ganaron los hebreos, con tan infame comercio, aquellos rebaños, esparcidos luégo en los oasis de Hebrón. Una vez allí, compró siervos, y plantando los tamarindos sacros, invocó el nombre de Jehovah y echó así los fundamentos de Israel.

Para que se vea cómo la poligamia está en tales tiempos acreditada entre los hebreos, de Sara, de su mujer legítima, no tuvo más que un solo hijo Abraham; pero de sus sirvientas, como Agar, tuvo muchos otros, entre los cuales Ismael. De Isaac, el burión y risueño, provinieron los sirios jocosos y frívolos, mientras de Ismael, llamado el taciturno, los árabes gravísimos y silenciosos. Jacob personifica el sirio fino, el asiático doble, falaz, disimulado, excéptico, tan pronto á robar el derecho de primogenitura propio de su hermano Esaú como el ganado propio de su suegro Labán. Jacob se prenda de Rebeca, y Labán, padre de ésta, quiere con arte sumo explotar la pasión de Jacob. Mas el explotador queda explotado. Labán cede primero la más fea de sus hijas, Lia, la de ojos apagados, á Jacob, para ven-